

Bruno González-Zorn: semblanza

Fernando Baquero

Director Científico del Instituto Ramón y Cajal de Investigación Sanitaria

Este año el Premio Jaime Ferrán de la Sociedad Española de Microbiología ha sido concedido a Bruno González-Zorn. Es una noticia espléndida que los Premios que expresan reconocimiento científico se otorguen a investigadores jóvenes como Bruno. Por supuesto, los Premios son sobre todo una señal pública de localización de la excelencia con el propósito de proponer una trayectoria ejemplar, esto es, digna de ser imitada. Este ejercicio de ejemplaridad se dirige sobre todo a los investigadores más jóvenes, aquellos que aún pueden elegir trayectorias y modelar sus propias aspiraciones y capacidades. Esta breve reseña pretende, más que volver a publicitar las indudables aportaciones científicas de Bruno González-Zorn, que pueden encontrarse con sólo pulsar un par de teclas en las bases bibliográficas, el señalar tres de sus actitudes personales dominantes, que sin duda están en la base generativa de su éxito como microbiólogo.

Bruno es ambicioso. La ambición es una cualidad, o, mejor, una calidad, con poca estimación pública en nuestro mundo modelado por el culto a la mediocridad, y por eso quisiera defenderla en este momento. La ambición es de hecho una especie de “hambrición”, hambre de saber, de hacer progresar, de arrastrar a otros a tu propio camino, de conseguir, de competir. La ambición tiene sin embargo, para no convertirse en una actitud ridícula y miserable, que ser proporcional a las capacidades personales. Los imbéciles ambiciosos se sitúan ellos mismos en los más horribles de los círculos infernales, porque tarde o temprano se darán cuenta de su propia estupidez. No es en absoluto el caso de Bruno.

Bruno es un líder. La capacidad de construcción de grupos es en nuestros días una condición del éxito científico. No es una tarea fácil, porque hay que conjugar la excelencia personal frente a los demás (y nadie te juzga más severamente que los más cercanos) y la humildad para poder expresar nuestra absoluta necesidad de los que nos rodean, no sólo para ejecutar proyectos, sino para plantear sus propias iniciativas y desarrollar sus propias legítimas ambiciones, aunque puedan ocasionalmente competir aparentemente con las del líder. Sin duda este proceso se



facilita enormemente si se crea un marco paralelo de interacción entre los componentes del grupo, estableciendo relaciones de amistad y afecto. Bruno lo ha hecho, y por eso es un líder.

Bruno es inocente y apasionado. La investigación científica requiere inocencia y pasión. Temblar, casi físicamente, ante una nueva idea, o frente a una observación inesperada y clarificadora, al calor entrañable de la estufa de cultivo recién abierta. Poseer la inocencia de creer que podemos saber, hacer, enfrentarnos a la oscuridad con nuestra inteligencia y nuestra experiencia. Y sobre todo sentir la pulsión interna de que nada ni nadie conseguirá apartarnos de investigar ese hecho nuevo; si no hay dinero, habrá que conseguirlo, en España o en el mundo; si no hay aparatos, hablaremos con amigos que nos los dejen, si no hay personal, lo haré yo mismo. Eso es la pasión de investigar, y Bruno la tiene.

Conozco a Bruno hace muchísimos años, y lo que digo es cierto y publicable. Sin duda necesitamos en España mucha gente como él. Esto es lo que el Premio Jaime Ferrán nos está diciendo, y lo que yo quiero decir hoy.